

Editorial

24

Yo lo diría... Lo he estudiado mucho y desde luego estoy convencido de que es así. Soy un librepensador, caray. Voy a decirlo. Sí, voy a decirlo. Voy a decirlo...

Pero, si lo digo, ¿qué pensarán de mí? Dirán que soy del PP. Que digo lo mismo que dice el Papa. Decepcionaré a los míos. Creerán que ya no soy uno de los nuestros. Me mirarán con malos ojos. Quizás ya no quieran invitarme a sus mesas redondas. Y puede incluso que me rechacen en las editoriales progresistas.

Creo que debo pensarlo mejor. Porque, aunque tenga razón, es un hecho objetivo que, si lo digo así, sin más, seré mal comprendido y beneficiaré a la reacción. Y entonces ellos, el enemigo, se aprovecharán, y los míos, vamos los nuestros, esos a los que pertenezco desde siempre, serán los perjudicados. Jamás lo permitiré. Bueno soy yo para dejarme utilizar.

Se me ocurre una solución. Para que no me malinterpreten y acabe siendo utilizado, haré lo siguiente: antes de entrar de lleno en la cuestión, dedicaré un tiempo previo a dejar bien sentada mi condición progresista. Quedará bien claro ante todos que no me corto un pelo en denunciar a la reacción. Así, cuando haya quedado suficientemente probado mi compromiso, cuando nadie pueda dudar lo de izquierdas que soy, entonces podré decir lo que pienso. Sí, eso es. Ese será el momento. Y para que nadie se confunda, dedicaré, por lo menos, un cuarto de hora al prólogo que demostrará hasta qué punto soy, he sido siempre, de los nuestros. Para lo otro, bastarán con cinco minutos, porque tampoco voy a ponerme pesado.

(...) Pero, ¿y si llega alguien tarde y escucha los cinco minutos finales sin conocer ese prólogo esencial? ¿Que pensará de mi?

Por otra parte, ¿y si me equivoco? ¿Cómo puedo estar seguro de que es así cuando tanta gente inteligente, y progresista de toda la vida, piensa lo contrario? ¿No me estaré apresurando? ¿No habré desatendido otros aspectos de la cuestión? ¿Pecaré, quizás, de orgullo?

Sí, es lo más probable. Pero no lo hago con mala intención. Es que a veces pienso demasiado y me hago un lío. Quizás sea que he salido poco estas últimas semanas. Sí, es eso. No es bueno estar aislado. Se pierde el contacto con la realidad.

Mejor me callo.

Bastaría con invertir el signo de los sustantivos que identifican la retórica ideológica de este monólogo interior para constatar que podría haberse producido en el franquismo, en la mente de un caviloso intelectual del aquel régimen.

De hecho es un molde muy viejo, que ya funcionaba a pleno rendimiento en tiempos de la Santa Inquisición. Sólo que entonces, con menos eufemismos que ahora, se trataba de probar la pureza de sangre.